

ACHICORIA Y PAN DE CEBADA. UN VIAJE A LA GARRUCHA DE POSTGUERRA

MANUEL LEÓN GONZÁLEZ
Periodista

ES MEDIODÍA EN LA CALLE MAYOR

Sebastián *el Albéitar* se afana con sus tenazas oxidadas en sacar los clavos de una mula vieja del Pililí. Frente a él, Juan Manuel Domenech *el telegrafista*, prepara la última murga del carnaval que ya está por llegar. En una mesa de *La Campana* se cruzan apuestas sobre si el alcalde, el cura o el Gobernador Vivar Téllez permitirán las comparsas ese año. En la barbería, el maestro Pedro *el de los Fideos* se afana con la barba espinosa de Paco *el Currillo*, mientras la parroquia habla de un nuevo torero con cara de susto, llamado Manolete. Paco *el Feo* acaba de echarle betún a los zapatos de don Enrique Aguirre; antes ha colocado los cartones y ha lustrado el cepillo. Advierte que hiede a su alrededor. Marcos Martínez, juez de paz, en un descuido del limpiabotas le acaba de vaciar el tarro de crema y en su lugar ha extendido una cagada de perro con la que rebaña los zapatos de su cliente. El trapero cambia ropa vieja por cacharros y alpargatas y tonadillea: «estropajo y arenilla para limpiar las cazuelas». La viuda de Luis *el Gato* tintinea: «sardina fresca de la barca llevo. Calamar y jibia fresca, viva, saltando llevo» y Juanico *el Fraguero*, mientras tanto, hace una cancela para la Casa de Gerencia, rodeado de chiquillos, que observan su esfuerzo en el taller.

En la fonda de Pedro Zamora hay un porrón de barro en el centro de la mesa con un mantel de ganchillo blanco que ha bordado Carolina. Acaba de llegar un viajero y el joven Bartolo *el Pelao* se hace cargo del equipaje. En la droguería, Damián apila la mercancía disolvente que le han servido esa mañana de Valencia. En el laboratorio de la farmacia, don Federico revisa los últimos análisis y después se sienta en la butaca a leer el Yugo. En la tahona, Dulce oye en la radio las coplas de Juanito Valderrama. Lucen como el sol los balcones enrejados del pueblo, con las mecedoras de tomar el fresco de la noche anterior. Ceferino Paredes hace caramelos en su despen-

sa que siempre huele a azúcar y los zagales de pantalón corto silban en su puerta. Paco León pica hielo y echa aceite a las máquinas en el Malecón de Poniente, mientras le caen gotas de sudor. De la taberna de Alonso *el del Vino* sale aire caliente y los chatos de jumilla caen uno tras otro. Francisco Carmona da los primeros martillazos a un nuevo ataúd que tendrá presto para el primero que se muera antes de San Miguel. Miguel Villalobos repara una avería de mil demonios en su taller eléctrico. Para él ha sido un día negro de trabajo. Antonio *el Pañales* despacha cuarterones de aceite y la mañana comienza a animarse.

Es mediodía en la calle Mayor de Garrucha. Aún se vive en blanco y negro, se le habla de usted a los padres y acaba de terminar la Guerra Civil. El Malecón es de tierra polvorienta y los palangres de cáñamo. Las casas de planta baja del Malecón en el *barrio de Cuevas*, conservan aún su toldos de madera.

Esta comarca, seca como la mojava, es ahora aún más mísera por la falta de víveres. Acaban de cesar las balas en los frentes y se acuña el nuevo término de *la liberalización*. La paz irrumpe como un anestésico en la antigua aldea veratense, aunque hay un temor encendido que se ha adueñado del Malecón, del casino del tío Carrasco y de la concurrencia. Es 1939 y los zagales bajan por la calle de la iglesia cantando «Viva Franco que nos trae pan blanco». En la casa de la marquesa del Almanzora, voluntarias del Auxilio Social con delantales blancos y blusas azules reparten harina y patatas. En el economato junto a las posaderas, Germán Bravo, Cristóbal *el de la Tienda* y Andrés *Cagaduro* dan raciones de arroz, aceite, azúcar o maicena para hacer papilla a los garrucheros más necesitados. La Cofradía socorre con ayudas de emergencia a los pescadores. Se ha acabado ya el continuo merodeo de los milicianos requisando pescado de las barcas durante la guerra y la despensa de los marineros vuelve a depender del estado de la mar. Acaban de soltar a los tripulantes



1. Niñas garrucheras con el traje de comunión en la plaza de la Ermita, a finales de la década de los cuarenta.

del *Perdiz*, un palangrero capturado por un barco de guerra nacional durante la Guerra y José *el Mellizo*, José Ramón y el Caparrós vuelven a sus casas. En ese tiempo, poco tiene que insistir el párroco don Santiago para que se guarde abstinencia de comer carne el Viernes Santo. Si hay temporal se recurre al fiado en las tiendas de ultramarinos de Alejo Alías, en la calle Lope de Vega, de Antonio Rumí y de las hijas de Antonio Casanova Amat, Beatriz y Emilia, en la calle Mayor, que ahora pasa a denominarse Calvo Sotelo y José Antonio. Otras tiendas de ultramarinos y coloniales son las de Bárbara la *Pelaílla*, el tío Alonso *el Carlos*, la de Antonia Cano en el Malecón Alto, la de Antonio Fernández y la de Cristóbal *el de la Fábrica*. El General Mola, el levantamiento del 18 de julio y el Generalísimo se estrenan también en el callejero de la villa. Tres años de guerra, aunque alejada de las trincheras, han partido por la mitad la existencia de los garrucheros, como la del resto de los españoles. Empieza a edificarse un nuevo pueblo, con nuevos materiales: el orden falangista, la moral católica y la extrema miseria que embarga a la mayor parte de nativos. Atrás queda el divertido balneario de principios de siglo con la Restauración, los dispendios de los años veinte con el

directorio de Primo de Rivera y la República, trufada de buenas intenciones y discusiones políticas en el casino. Aunque se había conseguido enhebrar, por fin, la histórica aspiración del puerto pesquero.

Los barrios más pobres son ahora el Malecón Alto, el Tranco o el Pimentón, y apenas tienen ropa en las arcas porque durante la contienda la han cambiado por huevos, harina y productos de matanza. Lo mismo ocurre con las colañas, las puertas, y hasta los retretes de las casas y los desperdicios de los corrales, que compra el tío *Pavicario*.

Muchas garrucheras acuden a los cortijos de la Jara, Alparatas o Cuartillas a cambiar pescado por otros alimentos. Los chiquillos aprovechan la época de la siega para recoger las espigas de trigo que se derraman de los carros para obtener un poco de harina en la molienda. En el Salar del tío *Porreras* los chiquillos escalan a por higos y por brevas. Pasaron años para que se vieran de nuevo plátanos en Garrucha, excepto en las casas en las que había algún enfermo. En la primera visita de Los Garrigues a Garrucha, Luis Joaquín Garrigues escribe en 1.946: «Garrucha me recuerda por su pobreza y sequedad a la India o a Egipto con mendigos por las callejuelas y niños harapientos y semidesnudos».



2. Niños de comunión en la plaza de la Ermita, a finales de los cuarenta.

I AÑO DE LA VICTORIA

Hace unos días que ha terminado la Guerra y en la provincia se crea un equipo jurídico para la recuperación de la vida civil. La Autoridad Militar da órdenes para que se reabran los bares y cafés del Malecón y los comercios de la calle Mayor, sea cual sea su estado. El temor se acrecienta en el pueblo con los bando emitidos por la Auditoría de Guerra del Ejército del Sur que se exponen en la puerta del Ayuntamiento por orden del Juez Instructor de la Causa General: *«En averiguación de los hechos delictivos cometidos en este municipio durante la contienda, se cita en el Juzgado de Cuevas en el plazo de un mes a familiares de víctimas ya a quienes hallan presenciado ejecuciones para facilitar el descubrimientos de los autores»*.

Comienza el canje de billetes en la delegación del Banco de España en Almería: cien pesetas por persona mayor de edad de las emisiones declaradas legítimas. Las emitidas en la guerra por el Gobierno republicano no valen. Y así muchos vecinos ven impotentes como se quedan sin una parte de sus ahorros a partir del «III Año Triunfal: I Año de la Victo-

ria». Otro bando de la época exhorta a los comerciantes a presentarse en la Delegación Especial de Abastecimientos en Almería para hacer una declaración jurada de sus existencias tras la contienda bajo riesgo de sanciones.

A los propietarios de fondas y posadas se les obliga a enviar al Gobierno Civil partes semanales de entrada de viajeros y transeúntes. Mientras comienzan las filiaciones juveniles a Falange y a la sección Femenina. Aún se necesita salvoconducto para salir fuera de la provincia y afortunadamente se consigue restablecer la comunicación telegráfica con Almería y el reinicio del suministro de energía eléctrica de la compañía Fuerzas Motrices del Valle de Lecrín.

En 1944 se formaron las primeras colas en el Ayuntamiento de Garrucha para obtener el nuevo Documento Nacional de Identidad que sustituía a la Cédula Personal de antes de la guerra. El carnet de adhesión al Movimiento o el documento acreditativo de haber pasado un expediente de depuración eran avales de seguridad en un tiempo en que todo estaba bajo sospecha.

El estado abre una suscripción de joyas y alhajas al Tesoro Nacional para contribuir a la recuperación

de España, pero huelga decir que de Garrucha poco se podía esperar, al margen de los escasos hacendados y terratenientes naturales de pueblos colindantes.

Una tabla del IPC de la época refleja que el limpiabotas cobra una peseta por sacar brillo a los zapatos, el afeitado y pelado vale tres pesetas, una camisa cuesta 70 pesetas, un par de zapatos 200 pesetas y un traje, 1.200. Un sueldo medio, por ejemplo de empleada de hogar gira en torno a las 30 pesetas mensuales. En esa época se crea el Instituto Nacional de la Vivienda, pero pasarán décadas para que en Garrucha lleguen a construirse casas baratas de protección oficial. La construcción apenas aflora, en una tierra donde cada día que amanece es una lucha para conseguir alimento, nadie piensa ni tiene recursos en edificar viviendas nuevas, que no llegan hasta la década de los sesenta.

Se producen dos nombramientos de personajes vinculados al municipio: Ambrosio López es designado Capitán Honorario del Cuerpo Jurídico Militar y Luis Giménez Canga-Argüelles es elegido nuevo presidente de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Almería. Y una feliz noticia, el cura párroco de Antas, del que se desconocía su paradero, ha bajado de la sierra donde permaneció oculto durante meses y pide permiso al Gobernador para reincorporarse a su parroquia. El cura don Cristóbal Pérez de Mojácar, fue destinado a Cuevas después de haber estado oculto en Senés y haber tenido nueve hijos.

EL RACIONAMIENTO

Corren malos tiempos para los pobres. El gobierno de Franco decreta que los precios vigentes para víveres y mercancías deben ser los mismos existentes en julio de 1936. Disconformes con esta normativa, muchos comerciantes e industriales reaccionan con la ocultación, el acaparamiento y el fraude. Se impone el racionamiento y a efectos de proveerse de las cartillas correspondientes, los garrucheros, como el resto del país, han tenido que hacer una declaración jurada de ingresos, clasificándose en tres categorías: para ricos, para clase media y para las familias más desfavorecidas. En estas circunstancias, todos los parroquianos se apuntan, con merecimientos o no, a la tercera categoría. Las cartillas, primero familiares y más tarde individuales, estuvieron vigentes hasta 1952. Se inicia el racionamiento semanal a

cargo de la Comisaría de Abastecimientos y la Fiscalía de Tasas, destinada a la vigilancia de los precios. Dada la carestía, los alimentos se dividen en dos grupos: racionados y de venta libre. Entre los primeros está la carne, el tocino, los huevos, la mantequilla, el queso, el bacalao, los jureles, el aceite, el arroz, el pan blanco, los garbanzos, las alubias, las patatas, las lentejas, los boniatos, pasta para sopa, azúcar, chocolate, turrón, galletas y café. Los de venta libre, más carentes de valor nutritivo, son la leche, el pescado corriente, el marisco, fruta fresca, frutos secos, hortalizas, especias, malta y achicoria. Muchos de estos productos no aparecen por Garrucha ni por asomo. La dieta se halla bajo mínimos en la cuota de grasa y proteínas. El recurso a los alimentos de venta libre no compensa el déficit nutritivo deseable. En estas duras circunstancias el mercado negro o estraperlo prolifera esplendorosamente. Ante este panorama alimentario, el espectro del hambre es cada vez más palpable en Garrucha sobre todo en el barrio de la Cimbra, donde sus moradores se hacinaban bajo tierra en número de seis o siete miembros por familia, sin luz, sin agua y sin un mendrugo que echarse a la boca. Productos como el azúcar, el chocolate o el café son una entelequia en la inmediata postguerra garruchera. Del auxilio social llegan al municipio sacos de trigo para su molturación que la mayoría de las veces más que repartirse se rapiña, carbón para las familias indigentes y remesas con artículos de primera necesidad procedentes de Ceuta, Huelva y Málaga.

El Gobernador nombra a un Jefe Local de la Oficina de Abastecimientos que se encarga, junto con el primer alcalde de postguerra Claudio López, de regular los aportes de víveres. Se distribuyen 300 gramos de patatas por habitante. Ante la imposibilidad de restablecer el transporte, los pueblos organizan caravanas de camiones y carros para recoger su cuota del abastecimiento provincial. El aporte del racionamiento es insuficiente, con entregas semanales irrisorias. Una familia tiene que pasar por ejemplo durante siete días con una medida de aceite, bacalao, pasta para sopa, unos pocos garbanzos, tocino y un huevo por persona. También se acuerda despachar medio litro de leche por receta médica. A los panaderos se les asigna un cupo de venta de pan y harina. Las panaderías de la época eran la de Miguel Caparrós *el Ramilico*, la de Paco Oliva, el horno de Dulce, el Reyes, Antonio *el Panadero* y la de Manuel *el Mojaquero*. Sólo las temporadas de abundancia pesquera mitigan el sufrimiento en las cocinas de Garrucha. La mar es el sustento y el ataúd en esta época



3. Alumnos y maestros de las Escuelas Graduadas de Garrucha un año antes de la Guerra Civil, tomando un refrigerio en el Pósito de Pescadores.

de penurias. El garruchero se vio forzado a ser un anfibio, a respira por branquias mezclando en su piel aceitunada el sudor, el salitre y el olor a estopa y a cáñamo. Hubo quien ante el hambre viva no le quedó otro escape que la emigración. Si antaño fue el Oranero o los transatlánticos americanos la puerta por donde muchos garrucheros del siglo XIX habían emigrado a ganarse el pan, ahora buscaban su futuro en fábricas de Toulouse y Perpignan o navegando en Tarragona.

A partir de 1940 se racionó también el tabaco, implantándose la cartilla del fumador sólo para varones, provista de cupones numerados para la retirada periódica. En los estancos de Juana Martínez y en el de Marcos Martínez se despachaba la ración de 25 gramos de picadura a la semana. El tráfico ilegal de tarjetas estuvo, como es natural, a la orden del día. Ideales, Finos de Hebra, Superiores al cuadrado, nombres altisonantes para un tabaco caro y de mala calidad en el que abundaban las estacas que se inflamaban al arder, convirtiendo el ejercicio de fumar en una especie de fuego de artificio. Un paquete de picadura selecta costaba 50 céntimos, a lo que había que añadir el librito de papel Jean o Bambú. La cajetilla, que costaba unas seis pesetas, sólo era accesible para los más pudientes y en fechas señaladas como el día de la Virgen del Carmen o el Corpus

Christi. El *Tritón* fue el primer americano que vino de Virginia en 1944 haciéndole sombra al *Bisonte*, *Celtas* o *Punto azul*.

Había otras marcas nacionales de productos de primera necesidad que fueron abriéndose hueco también en los hogares garrucheros más saneados; la crema *Bella Aurora* para el cutis de las mujeres, las hojas de afeitar *Maravilla*, la brillantina *India*, el jabón de brea *La Giralda*, que servía para limpiar la dentadura y lavar la cabeza a tres pesetas la caja y el jabón *Lagarto* o el *Tú-Tul*.

La siguiente restricción es la de la gasolina, aunque en un pueblo como Garrucha donde no hay ni para alpargatas poco importa el carburante. Los coches que hay en el municipio son los de las familias más acaudaladas como la de los Fuentes u oriundas de Cuevas como los García-Alix, además de los taxistas de la época: Angel y El Peret que conducían una rubia, Pedro Simón (Pedro *el de los Coches*), Bartolo *el Pelao* y Martín Jódar, que era cochero de los Garrigues. Los poseedores de vehículos tuvieron que utilizar vales para retirar el cupo que se adjudicaba en función de la potencia del automóvil. Los que disfrutaban de más de 25 caballos les estaba prohibido circular. Fue cuando brotó la idea de utilizar gasógeno, artificio productor de gases combustibles que ya había sido implantado por los italianos durante la



4. El Gobernador Civil presidiendo un acto en la puerta del Ayuntamiento de Garrucha con motivo de la inauguración de unos locales del Frente de Juventudes (Fotografía de Miguel Forteza. Col. Juan Grima).

guerra de Abisinia. Era un artefacto en forma de caldera que se adosaba a la parte trasera de los vehículos y en el que se procedía a la combustión de toda clase de materiales susceptibles de arder y conferir una mezcla rica en hidrocarburos como las cáscaras de almendra o troncos de olivo. También reaparecieron los viejos coches de caballos. Era tanta la penuria que los pescadores cambiaban la gasolina racionada que les correspondía para las lámparas de sus barcas por alimentos del campo. En esa tesitura, el Malecón apenas estaba iluminado por cuatro faroles sometiendo a las noches de invierno a la más absoluta oscuridad. En las casas se tuvieron que desempolvar los viejos quinqués y las mariposas de aceite y para calentarse en las frías noches. Era un lujo poder contar con una bombilla pelada de la que salía un cable rizado clavado en la pared de cal, que terminaba en un interruptor de porcelana. Aunque en una región de clima benigno, las familias hacían acopio del picón, a cuya lumbre se arrullaba la familia entera antes de ir a acostarse sobre camastros de perfolia. El tópico de la *pertinaz sequía*, que comenzó a acuñarse en el año 43, provocó, incluso en un

puerto de mar, un lastre añadido porque en los cortijos de la Jara, Cuartillas, Corral de Hernando o las tierras rojas de La Marina, las cosechas de trigo y alfalfa para los animales y bestias de tiro, sucumbían, y el trueque por pescado se tornaba más difuso. Procesiones, rogativas y plegarias se sucedieron por toda España y también en la comarca invocando lluvia a los santos más milagrosos del cielo.

EL ESTRAPERLO Y LA TORTILLA SIN HUEVOS

El imperativo para sobrevivir radica en comprar de estraperlo. Pero la comparación entre los precios de tasa y los que se ofrecen en el mercado ilegal ponen de relieve el abismo existente entre las clases sociales, según su poder adquisitivo. Un kilo de azúcar cuesta 1,90 pesetas a precio de tasa y en el mercado negro se cotiza a 20 pesetas. El aceite racionado se paga a 3,75 pesetas el litro y el de estraperlo llega a las 30 pesetas en el mercado de Vera. Y de este tenor son los incrementos que se aplican al arroz o a la carne.

En los accesos a Garrucha, el Ayuntamiento instala fielatos para reprimir el contrabando. Son oficinas municipales de consumos que gravan los productos que los comerciantes de otros pueblos se disponen a vender en la población. El género autóctono como el pescado que se captura en esta playa está exento de este impuesto. Los fielatos se acomodaban en *chambaos* de madera controlados por un fiel. En Garrucha estaban situados en La Gurulla, detrás de La Cimbra, junto al cortijo de La Quinta, al lado del Faro y a espaldas del Calvario.

Los arbitrios eran otros impuestos municipales para gastos público que el Ayuntamiento arrendaba a cambio de un porcentaje sobre la mercancía que entraba a la localidad. Juan *el del Bichito* era uno de los renteros que contaba con la ayuda del tío *de la Pipa* y José Molina, un cabo retirado de la Guardia Civil, que tenía también una tienda que se llamaba *El Refugio*. Por un pollo, el tendero, que compra la mercancía que envía el fabricante o el propio Estado, tenía que pagar dos reales, por un saco de patatas un real. El vino también tenía una tasa. La oficina de la renta se instaló en la calle Mayor donde antes estuvo Telégrafos y ahora la Farmacia.

El hambre aviva el ingenio y la picaresca y en Garrucha se recurre al trueque con los cortijos colindantes. Media longaniza o un trozo de pan blanco

escondido debajo del refajo o de la faja masculina para burlar el fielato a cambio de unas sardinas. También se recurre a alimentos sucedáneos como las gachas de maíz, los bollos de pan de cebada de la tienda de *la Jaloca*, el aceite de cazona, las migas, el caldo pescado, las cáscaras de habas cocidas, las tortas de panizo, la cuajadera a lo pobre o las algarrobas. Marcos Martínez crea un equipo de trabajo para tostar los garrofines y molerlos como sustitutivo del café. La imaginación desatada por la necesidad lleva a cocinar tortillas de patatas, sin huevos y sin patatas. Para ello, las patatas se sustituyen por la capa blanca que tienen las naranjas entre la cáscara y los gajos y se ponen a rejomo. Los huevos se relevan por una mezcla de aceite, harina y bicarbonato y todo ello se pasa por último por la sartén. Auxilio Social introdujo también la *sopa boba*, que era agua hervida con unos granos de arroz y tocino rancio. Se llegaba a comer carne de burro, de mula y hay quien asegura que hasta de gatos y de perros vagabundos. Se valoraba tanto el condumio, que los mejores regalos de bodas eran una docena de huevos o un pollo. El jamón alcanzó tal prestigio que llegó a ser recetado como medicina en forma de caldo. «*Cuando un pobre come jamón -se decía- o está malo el jamón o está malo el pobre*».



5. El Malecón adornado con lamparillas durante las Fiestas de Agosto de la postguerra.

ACTIVIDAD PORTUARIA: *PROPIOS Y COSARIOS*.

En este momento la actividad portuaria de carga y descarga en el fondeadero de Garrucha es prácticamente inexistente y anima algo el cotarro la continuación de las obras del espigón del muelle, interrumpidas durante la Guerra Civil. Se continúa bajando la piedra de la cantera y trasladándola en vagoneta sobre los raíles que aún surcan el Malecón conducidas por el maquinista Claudio López.

Agustín Galiana es el fiel de la báscula que pesa la piedra y el *Pilo*, un popular y simpático personaje de la Garrucha de postguerra, hacía las veces de guardamuñes.

A ese puerto todavía le quedaban los remanentes de actividad de principios de siglo. Contaba aún con varios viceconsulados: Pepe Fuente, vicecónsul noruego, Federico Moldenhauer, vicecónsul alemán, Cleofás Berruezo, vicecónsul francés, Arturo Lengo había sido el vicecónsul italiano. Cada sede estaba presidida por su bandera nacional dándole al paisaje de Garrucha un aspecto cosmopolita y un aire de Naciones Unidas. Después de la guerra toda esta singularidad administrativa no tardó en perecer al erradicarse las exportaciones mineras y de productos del país. En Vista Aduanas, donde se revisaba la mercancía que entraba, estaba José Asenjo, y Gerónima Cano, viuda de Francisco Quesada y como consignatarios Andrés Quesada Berruezo y Domingo de Haro Caparrós.

Enrique *el del Molino* sigue embalando en rulos el mármol de Macael, donde hoy está el Centro Cultural, que carga en algún que otro paylabote. El viñero del esparto, don Simón Fuentes, una de las mayores fortunas de esa época en Garrucha, carga alpacas de este producto desde sus oficinas en la calle Mayor. Los sacos de harina de antaño de José Pla, ya no se ven por el Malecón. La actividad minera decae y sólo se cargan algunas albardas de yeso. La compañía vizcaína Chávarri Lecocq, de los hermanos Víctor y Benigno, había cesado la explotación del mineral de hierro del Pinar de Bédar que embarcaba por Garrucha años atrás y se disponían a desprenderse de la finca, el Palacio de La Marina y todas sus propiedades del sureste almeriense. Se marchan así los industriales más acaudalados que pisaron era tierra. En las primeras décadas del siglo, esta familia llegó a tener tanto peso específico en la economía española que un simple estornudo de sus negocios siderúrgicos hacía tambalear la bolsa de Ma-

drid. Don Félix Díaz, el administrador de los Chávarri en Andalucía y Murcia, encargó el aparcamiento de todos los terrenos para su venta a Antonio González, quien a su vez se ayudó de Marcos Martínez. La transacción incluía numerosas fanegas de secano en Mojácar, Turre, Bédar y Los Gallardos. Los trabajos con los linderos duraron varios años. Todas las propiedades se vendieron finalmente por unas 400.000 pesetas de las de entonces. En esos últimos momentos, herederos del esplendor y del boato de décadas pretéritas, vivía como guardesa en la Casa Gerencia la tía Damiana *la Pegotera*, que ocupaba la parte baja del Palacio. Se había ido ya el cocinero, Bartolomé *el Culera*, y Pedro Juaristi, el administrador, había sido asesinado en la Guerra. El suntuoso edificio de antaño se encontraba en franco deterioro porque durante la contienda había servido como cuartel de campaña para los soldados, aunque no llegó al extremo de evaporarse como le ocurrió al palacio de Vista Alegre. La finca la compró don Mariano, un industrial oriundo de Valencia que en poco tiempo se la vendió al ilustre jurista Joaquín Garrigues Díaz-Cañabate. En ese período, en La Marina y las Escobetas vivían algunas familias de lo que daba el campo, como la tía Chíncha, Antonio y María Ruiz, Beatriz *la Coya*, Pedro Ruiz y Leocadia, y Martín Jódar.

Una actividad usual todavía en esa época es la de los *propios*, trabajadores de los terratenientes e industriales que a cambio de una buena gratificación realizan un viaje andando para llevar un mensaje urgente para el negocio. Esta labor la realizaban entre otros, *el Peruco* y *el Vergares*. Éste último debía ser el *propio* más raro del mundo. Porque en un oficio que consistía en caminar a buen ritmo, él tenía las dos piernas cortadas y se desplazaba arrastrándose sobre una tabla mientras la concurrencia lo animaba diciéndole: «bufa Vergares». En Mojácar ejercían el *Zuriano* y Perico *Legaja*.

En cuanto al correo ordinario, Garrucha contaba con oficina propia instalada en la Avenida de José Antonio. De Mojácar llegaba a diario a lomos de mula Pedro Hernández con su valija, un peatón de enlace que se llevaba la correspondencia y los telegramas para esta localidad y para Carboneras. Había también peones camineros que disponían de casetas con gravilla y otros útiles a la orilla de las veredas, que se encargaban de mantener en buenas condiciones el firme. Otro protagonista del transporte de aquella época era el Manuel *el Cosario* que tenía la función de traer a los garrucheros en su tartana los artículos variopintos que demandaban y que no se vendían en



6. Procesión del día de la Virgen del Carmen en 1953.
Junto al cura, don Domingo, el alcalde, Francisco León y el Juez de Paz, Marcos Martínez.

el pueblo, desde lápices de colores a tebeos. Venía de Cuevas con la mercancía y tenía su parada en la calle Mayor junto a la antigua fuente.

ALPARGATAS Y PANTALONES DE MAHÓN

Pocos garrucheros disfrutaban en ese tiempo canalla de unos zapatos. La gran mayoría del pueblo a lo sumo dispone de unas viejas alpargatas o viejos ejemplares desueltos de antes de la guerra, con las costuras descosidas y los dedos asomando por la puntera. En las Cimbras ni eso. No se contabiliza ninguna tienda de calzado en esa época porque pocos tienen para pagar un par. Las zapatillas de goma se utilizaban hasta que estaban hechas jirones o la planta del pie sobresalía por debajo de la suela. Hay quien se las fabricaba a base de neumáticos desechados a los que se pegaban trozos de trapo. Una disposición del año 43 ordenó la puesta a la venta de alpargatas y zapatillas, obligando a los tenderos a que no vendieran ningún par sin mediar la entrega del par usado, abonándose por éste 20 céntimos, que era utilizado de nuevo para el reciclaje. Estas medidas entraron en vigor en la fábrica de alpargatas de la familia Jiménez de Vera, que suministraban a toda la comar-

ca. Las dificultades para fabricar calzado económico, debido a la falta de piel, acaparada por los fabricantes de calzado de lujo, hizo que una orden de Presidencia del Gobierno obligara a fabricar calzado nacional que se vendía también con la omnipresente cartilla de racionamiento. Así se pudieron comprar pares más asequibles a unas 30 ó 40 pesetas. En Garrucha estaba la zapatería de Patricio y la de Rosa *la Alpargatera*.

En el pueblo otro que velaba por el cuidado del calzado era Paco *el Feo*, limpiabotas y morralero, que vivía sólo en un cochera con su perro Lucero a quien pegaba cariñosos mordiscos. Una fotografía de este simpático personaje llamado Francisco Rodríguez Sánchez estuvo colocada en la puerta del establecimiento fotográfico de Facundo Giménez de Cisneros.

En cuanto a la indumentaria, el traje de faena de los garrucheros pescadores eran la camisa y los pantalones de mahón con mil remiendos, y las mujeres faldas y blusas confeccionadas con retales. Trajes y vestidos escaseaban porque se habían vendido para poder comer durante la Guerra. La tienda de tejidos más señera era «La catalana», regentada por Andrés Garrido en la calle Mayor. Era el comercio más grande de Garrucha donde se vendían piezas de tela, bobinas, hilos y todo tipo de artículos de mercería. Tam-

bién tenía tienda de tejidos Felipe Alías, y Pepe López, Juana Carrasco (una mercería) y Aquilino Carballo (una sastrería).

En las casas de la época se cosía mucho porque no quedaba otro remedio para poder vestirse. Con la ropa, como con la comida, se hacían verdaderos milagros. Los hermanos menores heredaban la indumentaria de sus mayores. Abrigos y chaquetas se volvían del revés como los cuellos de las camisas. Los calcetines y ropa interior se zurcían una y otra vez, se cogían los puntos de las medias y se aprovechaba cualquier retalico para sacar una prenda. Las niñas aprendían desde muy pequeñas a hacer vainica y a bordar pañuelos con Rosa *la Turrera*, en lo que hoy es la plaza de Andalucía, con Antonia *la del Piñón*, en la calle Mayor, Margarita *la del Sastre*, la tía Bea que también cosía y la tía *Clavilla*.

CHINCHES Y PIOJOS

En una población masacrada por la falta de alimentos y de medidas higiénicas proliferaron las plagas y enfermedades como el tracoma, una conjuntivitis purulenta que nacía de la miseria y la suciedad. Muchos mozos garrucheros se libraron de la mili por

este padecimiento. Existía en los bajos del Ayuntamiento un dispensario antitracomatoso atendido por los médicos Amador Requena y Emilio Bejerano, y por el practicante recién llegado de Vera, Ginés Soler, a los que se añadía el cirujano Larzagorta, que estuvo funcionando como consultorio hasta que se abrió la Casa del Mar en los años sesenta. Otros médicos de la época vinculados a Garrucha fueron Juan José Giménez y Juan Pizarro *el Peruano*.

Una plaga masiva de tifus exantemático o piojo verde provocó que decenas de garrucheros fueran aislados en el antiguo Hospital, y hacinados con unas pésimas condiciones higiénicas. Hubo verdadero pánico por esta enfermedad que se propagaba sobretudo en primavera por los riegos del Malecón y el estercolado de las tierras. Una tercera parte de los infectados morían. El Inspector provincial de Sanidad, camarada Salvador Almansa, visita varias veces el municipios repartiendo jabón gratuito entre las familias garrucheras para la limpieza corporal. Una de las tareas de la época en las escuelas por parte de los maestros consistía en extirpar los piojos con las lendreras. Se procede al rapado de todos los niños de la localidad y a la frotación con una mezcla de aceite y petróleo seguido de enjuagues con agua tibia. Las axilas se frotaban como medida preventiva con vinagre, bencina, aceite alcanforado o *Mitigal*. Las ro-



7. La calle Mayor de Garrucha en la postguerra. Aún se pueden observar mulas y burros utilizados para el transporte y las labores domésticas (Postal editada por el fotógrafo GIRA = Ginés Ramírez).

pas se despiojaban en la estufa o en hornos de cocer pan a gran temperatura, se repasaban con planchas de carbón y se pulverizaban con insecticida. Los locales públicos se desinfectaban quemando cazuelas de azufre con el recinto cerrado. Si no se observaban estas normas el inspector podía sancionar. Los médicos del pueblo tienen el deber de remitir los partes sanitarios semanales, declarando los casos de enfermedades infecto-contagiosas.

Sin embargo, fue la tuberculosis o tisis, la gran plaga de este periodo por su gran efecto contagioso, aunque en pueblos como Garrucha, al ser menor el hacinamiento que el de las grandes ciudades, su casuística también fue inferior.

Lo peor que se podía llamar a alguien después de la guerra era rojo o tísico. Hasta que llegó la penicilina en 1947, los únicos remedios pasaban por el reposo, el aire fresco y la buena alimentación. Cuando en una casa moría alguien de tuberculosis se desinfectaban todos los utensilios que había utilizado el enfermo y se quemaban sus ropas. Pero sobre todo morían niños en Garrucha en aquellas época, al igual que en el resto del país. Había días que se enterraban a tres o cuatro. Eran atacados por la meningitis, bronquitis, sarna, dengue, sarampión y sobre todo diarreas o caguetillas. Por eso había madres que decían con legítimo orgullo: he tenido nueve hijos y los nueve me viven. La *Papafrita* de Cuevas fue en esa época el paradigma de la fertilidad con 20 hijos que dio al mundo, consiguiendo un premio a la natalidad del Gobierno de Franco. Los hijos se alumbraban en las casas con ayuda de parteras o comadronas. Las que ejercían en aquella época eran Juana *la Zurita* y la saga de *las Mancas*: María Núñez Chinchilla, María Rosa Núñez y Carmen Rosa Núñez. Es última se fue a Barcelona con su marido que era navegante y en el barrio de la *Barceloneta* siguió asistiendo a los partos de las paisanas almerienses hasta 1940 en que murió. También actuaba como practicante Rosa *la Villega*. Había también curanderos como el tío Andrés *de la Tericia* que trataba el mal de ojo y la ictericia junto a la Fábrica del Hielo. La tía *Zalema* y las *Venas*, sacaban la bicha o herpes de la cintura con una caña y tinta verde.

Las chinches fueron también una típica plaga de la época. Aunque no era letal, este insecto, que anidaba en las costuras de los colchones de lana, chupaba la sangre y producía una gran irritación.

Los baños eran en aquella época un auténtico lujo para las familias de Garrucha, sencillamente porque se carecía de agua corriente y de cuarto de baño en las viviendas. Había un dormitorio para los padres y

otro cuarto donde dormían todos los hijos revueltos. El menaje de la cocina se reducía a una olla de barro, las estrebes, unas tazas, cucharas de palo y una sartén. Al no haber casi platos se comía a rancho metiendo la cuchara por turnos en el recipiente. El aseo se reducía a una galpada de agua por las mañana en una palangana y de cuando en cuando, si no hacía demasiado frío, un aseo rápido con agua de la playa. La carencia de cuarto de baño se solucionaba a lo sumo con un agujero canalizado hacia un pozo negro donde iban a parar todos los detritos que se filtraban en la tierra. Había casas que no tenían ni ese primitivo desagüe y entonces sus moradores tenían que ir a evacuar a las piedras del Puerto, a los descampados y a las casas viejas. El papel higiénico de la época era un buena piedra viva. Durante las frías noches las apreturas se solucionaban con un orinal colocado debajo de la cama que se vaciaba y enguajaba a la mañana siguiente. La barba y el bigote, tan característico en los hombres de principios de siglo, fue cayendo en desuso tras la guerra, al igual que el sombrero. El gremio de barberos en la historia de este pueblo es extenso. A los pioneros de la navaja como el tío Ursulo, Vicente *el Jabonero*, *el Monicanco*, el Galera o el maestro Diego *el Escurrela*, que ejerció en Casablanca, les sucedieron Juan Giménez y su hijo Miguel, Alonso Gerez, Pedro *de la Rubia*, Pedro *de los Fideos*, Nicolás *el Barbero* y Frasquito *el Sopas*. Las barberías eran, como los cafés del Malecón, pequeños ateneos donde se mataba el tiempo hablando de lo divino y de lo humano.

Garrucha si contaba, desde el siglo pasado, gracias a la feliz idea del bueno de Clifton Pecket, con fuentes de agua buena procedente de un manantial de la sierra Cabrera. La primera de ellas, ubicada en la puerta del Ayuntamiento, se reubicó en la Avenida de José Antonio, junto al hoy Banco Central hasta su emplazamiento actual en la zona del mercado. La de la plaza de la Iglesia desapareció cuando se construyó el monumento a la Inmaculada. Y la fuente Amores, ubicada en la calle 18 de Julio, sigue en esa misma vía aunque más hacia levante. Las fuente constituían también un espacio para que los garrucheros dieran rienda suelta a sus penas y alegrías narrando los avatares que acaecían en el vecindario mientras guardaban cola. Los mocicos y las mocicas pelaban la pava mientras llenaban los cántaros para la jornada por una perra gorda. Las fuenteras de la época fueron la tía *Sucia*, Juana Carrasco, el *Monono* y Ángela *la Magaña*. Las mujeres lavaban la ropa en unas balsas que había en los llanos de Vista Alegre,



8. El cura don Domingo echando el agua bendita durante la inauguración de la nueva Plaza de Abastos, junto al Gobernador y el alcalde.

donde hoy están los pinos, con las aguas sobrantes del depósito de Saetías. Cantaban una letrilla que decía: *"no te cases con herrero/ que tendrás mucho que lavar/ cástate con marinero/ que viene lavado del mar..."*. Allí yacía derruido el palacio de don Jorge que desapareció por completo durante la Guerra, incluidas colañas, puertas, ladrillos y otros materiales que fueron utilizados para construir el Instituto Laboral de Vera y otros edificios de la época.

MAESTROS SIN PUPITRES

Con medios escasos se reinició la labor por parte de los maestros de Garrucha tras la Guerra. En el Hospital, donde estaban las escuelas graduadas, apenas quedaba un pupitre o una pizarra en condiciones para la docencia. Impartían clase para los niños don Bienvenido Mesa, don Juan Siles, don Miguel Forteza y don José Aparicio, que tenían habilitación como maestros nacionales. Con posterioridad las aulas se trasladaron a donde hoy está el restaurante La Palmera. En el Pósito se daban clases nocturnas para adultos y de Orientación Marítimo-Pesquera para formar patronos.

Las niñas tenían su sitio en la escuela de la Cana y en la plaza del presbítero, junto a la plaza de Abas-

tos, hasta que se construyó el convento de las monjas junto a la Iglesia e impartió enseñanza Sor Josefina. Maestra de niñas era también María Artés, que acudía a los cortijos del Cantal y de la Rumí de Mojácar a aplicar a los chiquillos. Cobraba en especie por enseñar la tabla de multiplicar: un celemín de trigo, una sera de higos o una talega de almenbras. Había otros maestros, sin habilitación nacional que enseñaban a leer a escribir y las cuatro reglas como Alonso Caparrós, en la zona de la Marina y Las Escobetas, y Ginés *el Camarón*. Más antiguos eran el maestro *Baldao*, famoso por su látigo, don Baldomero Toledo, que era manco y el tío *Jurelillo*. Uno de los chascarrillos más populares de la postguerra entre los alumnos garrucheros, acuñado por don Miguel Forteza decía: *«Mándame señor legiones de mosquitos, pero tontos ni uno»*. En la escuela de esa época todo se cantaba. Se cantaba al entrar y al salir de las clases y hasta la lección se aprendía cantando. Los maestros ponían música a la tabla de multiplicar, la lista de los reyes Godos, los mandamientos y los sacramentos. La geografía se adaptaba bastante bien y se cantaban los picos más altos de España y los ríos más caudalosos, donde nacían, donde morían y cuales eran sus afluentes. Todo se aprendía al pie de la letra. El Instituto Laboral de Vera no se inaugura hasta mediada la década de los cincuenta, por lo que los garrucheros que que-



9. Botadura de un nuevo barco de Pedro el sordo. En la imagen el cura bendiciendo la nueva nave.

rían estudiar bachiller tenían que salir fuera o prepararse por libre. En esta tesitura de carestía y falta de medios, los adolescentes garrucheros que podían ampliar estudios eran uno entre cien. La inmensa mayoría pasaba a engrosar el censo de marineros o a entrar de aprendiz de algún oficio de la época.

EL FRENTE DE JUVENTUDES Y LA SECCIÓN FEMENINA

El nuevo régimen surgido de la contienda se apoya en dos bastiones que acompañan el vivir cotidiano de los garrucheros y españoles en general: el Movimiento y la Iglesia Católica. El primero de ellos se articula en el ideal falangista que tiene un claro norte de adoctrinamiento entre la juventud. En esta Garrucha color sepia se funda en breve plazo el Hogar del Frente de Juventudes, Hogar de la Guardia de Franco y la Sección Femenina, donde estaba el antiguo Casino junto al Ayuntamiento con la presencia del Gobernador Civil y Jefe Provincial de Falange José Urbina Carrera, y bajo sus órdenes se organizan en Garrucha las primeras centurias de cadetes y flechas que participan en las marchas volantes, así se les llamaba a los campamentos itinerantes por la provincia.

Una centuria de Garrucha, al mando de Juan Visiedo, Bartolo *el Pelao* y Agustín Soler, participa en el desfile militar en honor al Caudillo durante su primera visita a la capital de Almería en 1944. Los garrucheros, como el resto de pueblos, acamparon durante quince días ensayando la instrucción para el desfile en el Paseo del Príncipe. El comandante colocó a la centuria de Garrucha en cabeza en premio por la pericia y disciplina acreditada durante las pruebas de campamento. Pasó Franco con su Rolls negro descapotable, antecedido por sus escoltas y Visiedo gritó "*Vista al Frente, Vista a la derecha*". Al terminar la centuria garruchera recibió una gratificación en metálico por las buenas dotes desplegadas durante el acto.

Garrucha participa con la centuria Hermanos Casanova, bajo la batuta de don José Aparicio, en el campamento Covadonga de Abrucena. Servían estas concentraciones, según los documentos de la época, para "*fomentar la camaradería y el endurecimiento físico entre los jóvenes*". Cada escuadra debía portar ponchos, baterías de cocina, farol petromax o linterna, un bidón de petróleo, una pala de montañero, un botiquín, un juego de banderas de semáforo, una camilla plegable, vendas de cambrey, un mástil portátil y un mapa michelín. El uniforme de un flecha se componía de una boina roja, dos camisas azules con emblemas, un brazalete del Frente de Juventudes



10. Acto del Frente de Juventudes en la Cruz de los Caídos, donde se depositan ofrendas de flores.

des, dos pantalones cortos, un jersey de montañero, un par de botas, dos calcetines blancos de lana, un par de alpargatas con suela de yute o cáñamo, un pantalón corto para deporte, un bañador, una manta o saco de dormir, una toalla, una bolsa de aseo personal, una caja de grasa para engrasar el calzado y las correas del morral. El menaje se componía de un plato o fiambra de aluminio, un cubierto, un vaso de aluminio, una cantimplora, una navaja de monte con punzón, un abrelatas, dos bolsas de tela para los víveres a granel, un bloc para notas, un lapicero y tarjetas y sellos para escribir. Lo mejor para los jóvenes garrucheros que participaban es que tenían la comida asegurada. Entre los víveres del campamento abundaban productos poco usuales para la época: arroz, tocino, chocolate, especias, pan de higo, carne de membrillo, chorizo, mermelada, aceite, azúcar o jabón. A pesar del denigrante señuelo propagandista que tenía la organización, surgían también brotes de utilidad de toda aquella parafernalia de gestos rimbombantes y patrioterros como el caso de los concursos de oficios que se desarrollaban entre los adscritos, para promover el desarrollo agrícola y ganadero. En este contexto, el Frente desarrollaba certáme-

nes de cava y corte de tierra, poda e injerto, siega, cerámica, cosido de alpargatas, cría de perdices o hilado de esparto, y también promovía la formación atlética con campeonatos de campo a través, jabalina, tiro con arco o pértiga. Las comunicaciones llegaban a los centros locales a través de consignas, mandamientos únicos del Frente de Juventudes. La organización celebraba con todo tipo de boato algunas fechas señaladas como el Día de la Raza o Día de la Fe. Garrucha era entonces uno de los centros de Falange más activos y la Organización Provincial elige en varias ocasiones su Malecón para acampadas al lado de donde está hoy Escuela Hogar, un edificio que en esos años aún no estaba construido.

Los jóvenes flechas ocupan su tiempo con las "Mañanas del Camarada y los fuegos de campamento". Se da la bienvenida a nuevas unidades y se entregan los codiciados guiones de centuria. Una jornada de campamento de la época en el Malecón se distribuía de la siguiente forma: a las 7:00 de la mañana, diana, aseo y ventilación de tiendas; 8:00, izado de bandera, consigna y oración; a las 8:30, desayuno; 9:00, reconocimiento médico y relevo de guardias; 11:00, clase de gimnasia; 12:00, baño o ducha;

13:00, primera comida, descanso y lectura, 16:00, ensayo de canciones; cara al sol, prietas las filas, montañas nevadas, 16:00, trabajos anuales; 17:35, clases de educación política y religión; 18:15, competiciones y juegos; 19:40, orden del día, arriar banderas y ofrenda a los caídos; 20:00, cena; 21:00, fuego de campamento; 22:00, retreta y silencio. Se instaura la cartilla de ahorros de campamentos con el fin de facilitar a los camaradas el abono de la cuota campamental.

Una de los hechos más carismáticos del periodo fue la visita del almirante Bastarreche, emplazado en Cartagena. El pueblo entero salió a recibirlo con el alcalde Frasquito León a la cabeza, escoltado por el cura don Santiago, Juan *el de la Manca*, presidente de la Cofradía, y Joaquín Poblador, Capitán de Infantería. La comitiva recorrió el Malecón bajo el caudillaje del oficial cartagenero, uniformado y repleto de galones hasta llegar al Ayuntamiento. Poco sacó el pueblo de estas visitas, aunque Bastarreche lució bien el tipo por el Malecón.

En 1947 se inaugura en un anexo al Ayuntamiento el Hogar del Frente de Juventudes, por un importe de 12.000 pesetas, con la asistencia del Gobernador Urbina Carrera. Ese día, en la fachada de la casa consistorial, se despliegan sendos retratos gigantes de Franco y José Antonio. Un gran entusiasmo preside el acto y desde el balconcillo, el Gobernador, escoltado por las autoridades locales, arenga con su oratoria inflamada a construir *una España Grande y Libre*. Debajo, un centuria en posición de reposo sostiene banderas falangistas y nacionales. Al terminar el panegírico se canta el "*Cara al sol*", brazos en alto y el Hogar queda inaugurado.

Alonso Cervantes Rumí y Cesáreo Domínguez Fernández aprobaron el Curso de Capacitación de Mandos, convirtiéndose en Jefes de Escuadra. A finales de los cuarenta y principios de los cincuenta se constituye en Garrucha una Rondalla dirigida por la batuta de don José Aparicio. Es el primer atisbo de cultura endémica-garruchera tras la Guerra Civil. Una veintena de mozalbetes del pueblo se embarcan en este grupo musical que recorre varios pueblos de Almería y Madrid desgranando su ingenio con guitarras, laúdes y bandurrias. Ensayaban en el antiguo Hogar de la Guardia de Franco, un salón que se llenaba de paisanos prestos a escuchar los acordes de estos pupilos de don José que todavía no se afeitaba. Actuaban en actos benéficos y en Navidad alegraban la homilía desde el coro de la Iglesia interpretando villancicos. El grupo causó una grata impresión en las competiciones de Cultura y Arte del Frente

de Juventudes de Almería, celebradas en el salón de Actos del Hogar del Cadete. Fue un hito también su actuación en Madrid, en los micrófonos de Radio Nacional. Participaban, entre otros, en ese grupo, Joaquín *el Lobo*, Eulogio Aparicio, Paco *el Junza*, , Alonso *el Jimmy*, José *el Garabito*, Domingo *el Tallarín*, Vicente Forteza, Ginés *el Fino*, Juan García *el Practicante*, Paco *el Floto*, Cristóbal Cano y Marcos Zamora *el Santero*. Las componente de la Sección Femenina de Garrucha, dirigidas por Anita León, también realizaron actividades de baile y danza regional, impulsaron el traje típico de pescadora y organizaron actividades de corte y confección. Pilar Primo de Rivera, delegada nacional, llegó a visitar el municipio, y al pueblo llegaron máquinas de coser con las que se hacía canastilla.

Otra labor social y pedagógica, como sucede con la plantación de pinos en el Coto Escolar, sobre los ensanches de la sociedad minera La Recuperada y la Finca Vista Alegre principió más tarde, a comienzos de los cincuenta. Los escolares garrucheros, dirigidos por don Fulgencio, iniciaron los trabajos con los plantones, y el viejo erial trasero del municipio se transformó en un espacio natural salpicado por el verde de las agujas de los árboles, que se ha ido desvirtuando con el tiempo. En la calle Joaquín Escobar (Malecón Alto) también se plantaron numerosos árboles de los que ya no queda ninguno. Se realizaron las tareas a través del Instituto Nacional de Previsión y la Mutualidad de San Fernando, que propició la apertura de cuentas a favor de los alumnos en la Caja de Ahorros y Monte de Piedad. Por esa época llegaron por fin los resquicios del Plan *Marshall* de Garrucha en forma de latas de mantequilla y leche en polvo que se repartía en las escuelas.

Al poco de organizarse Falange en Garrucha se inaugura el monumento de La Cruz de Los Caídos, tallada en mármol oscuro y posteriormente encalada de blanco. Se construyó en el centro de una placeta que constituía el límite hacia poniente de la población. Fue la Cruz durante años lugar de peregrinaje de los Flechas y Cadetes y se realizaban ofrendas de flores.

Las buenas relaciones de Franco con el Eje alemán propiciaron la colaboración de los voluntarios españoles en la guerra que Hitler mantenía contra la Unión Soviética. El asunto se vendió en la época como *cruzada contra el comunismo*, y el Generalísimo de todos los ejércitos pagaba así los favores recibidos de Alemania durante la Guerra Civil y se vengaba de Stalin por la participación soviética en el conflicto español en auxilio del ejército republica-



11. Día del Pilar en 1.948, en la puerta del viejo Cuartel de la Guardia Civil. Entre las autoridades locales se encuentra el nuevo Teniente Sergio García Muñoz que acaba de tomar posesión de su puesto en Garrucha.

no. Unos veinte mil voluntarios españoles se alistaron en la División Azul, comandada por Muñoz Grandes, que partieron de la Estación Norte de Madrid rumbo a Nuremberg y Berlín. Entre ellos cuatro garrucheros: Juan Visiedo, Lorenzo *el Santero*, Manolo Valle y *el Penejas*. Todos volvieron menos Manolo, hijo de un sargento de carabineros, que murió en el frente dejando novia en el pueblo. Estos garrucheros pelearon en el frente de Stalingrado como leones, a pesar de que no fueron muy bien recibido por los mandos alemanes que desconfiaban de su escasa disciplina y aspecto latino. Pero con temperaturas de 35 grados bajo cero en las trincheras rusas, demostraron en algunas ocasiones más coraje que sus camaradas germanos.

LOS ALCALDES

El primer alcalde nombrado después de la Guerra fue Claudio López, que era fogonero de la locomotora que bajaba la piedra de la sierra de la Cule-

bra para hacer el Puerto. Estaba casado con la *Ramilica* y su mandato duró apenas un año. Le sustituyó Miguel Forteza del Rey, maestro sevillano que llegó a Garrucha antes de la Guerra y en este pueblo echó raíces. Desempeñó variopintos oficios como fotógrafo, proyectista de cine, electricista, operador de rayos x, mestro de orientación marítima, delegado del Instituto Social de la Marina, propietario de barco y traductor del latín. Su labor como alcalde acabó en 1942, siendo sustituido por Frasquito León *el Escurrela*, quien protagonizó toda una década como presidente de la corporación hasta 1954, en que le reemplazó Emilio Moldenhauer. Los nombramientos en esa época venían directamente por orden del Gobernador Civil. Hubo quien se negó a ser alcalde como el caso de José *el del Bar*, tiempo después, que se refugió en un cortijo de la Jonjordana para evitar tomar posesión de un cargo que no quería ver ni en pintura. Otros empleados municipales de entonces eran el *Rufino*, el *Pachiche*, el *Churumbo*, éste último que era el secretario; *el Gallito*, era guardia municipal; y *el Rollo* era el sereno que daba la hora por la noche y los bandos del alcalde. En esa época no



12. El pavimento brillaba por su ausencia en décadas pretéritas en la plaza de la iglesia, donde en esa época había una fuente de agua buena.

había recursos para uniformes y sólo portaban una gorra de plato. Esta situación tan paupérrima del erario provoca la paralización de todas las iniciativas encaminadas a seguir pleiteando por el ansiado término municipal.

Entrados ya en los cincuenta se inaugura la nueva plaza de Abastos, que hasta ese momento había estado situada en la plaza del Alfolí. En una mañana soleada el Gobernador procede al corte de la cinta, acompañado del alcalde, el cura y el ayudante de marina. Las niñas van vestidas con trajes de faralaes y don Domingo echa por fin el agua bendita. Los viejos puestos de madera de Alejo Alías, Trinidad *la Lena* o Malena *la de los Tallos* se trasladan al nuevo espacio presidido por un cartel de Arriba España.

EL CURA QUE BAILÓ LA CHIRRIPIANDA

En la Garrucha de postguerra, como en el resto de España, mandan los uniformes, ya sean militares o eclesiásticos. Es una época en que a los curas se

les besa el anillo y portan sotana desde que se levanta hasta que se acuestan, y desde el púlpito aleccionan al pueblo a respetar la moral católica, apostólica y romana. Don Pedro Gerez Galindo es el primer cura después de la Guerra en el municipio. Asumió la parroquia de Garrucha a una edad avanzada y andaba siempre con un *gallao*. Eso no le impedía cumplir con sus obligaciones de coadjutor en la parroquia de Santa María de Mojácar, porque en esa época este municipio no tenía cura propio y lo compartía con Garrucha. Don Pedro no tenía remilgos a la hora de subir a lomos de la mula torda y trasegarse el camino viejo hasta Mojácar para decir Misa. Tampoco tuvo reparos para subirse la sotana y bailar *la churripanda* en la puerta de La Campana por una apuesta con don Ginés *el Practicante*.

Al divertido don Pedro le sustituye don Santiago un cura vasco, también con muchos años ya de oficio, que termina perdiendo la cabeza internado en la residencia de las hermanitas de los pobres de Vera.

Con don Domingo García Rubio, lo feligreses garrucheros conocen por fin cura joven y sin achaques para su parroquia. Natural de las Pocicas (Albox) llegó a Garrucha en 1948 con 29 años, recién licenciado del Seminario, y durante su magisterio nacieron en el pueblos los movimientos seculares y las congregaciones religiosas. Don Domingo dinamizó a la juventud local como nadie lo había hecho hasta ese momento, fruto de la ilusión que provoca siempre el debut en cualquier actividad. Llegó a Garrucha una mañana de julio encaramado en *el Caito* que venía del mercado de Vera atestado de mujeres con capachos de frutas y hortalizas, que le miraban con desconfianza por su juventud. Antes, había llamado por teléfono al pueblo para comunicar su presencia y le dijeron que en Garrucha no se tenía por costumbre recibir a los curas. Ese día en la villa había un problema judicial en la Cofradía de Pescadores con el ayudante de Marina don José Corral y ninguna autoridad fue a presentarse al nuevo curilla. Paseó solo por la arena de la playa con los pies descalzos y por la tarde visitó su nueva iglesia, donde estaba su nueva vida y todos sus proyectos. Se hospedó en La Campana de Sebastián Carmona hasta que arregló la Casa del Cura, donde ahora está el convento de las monjas. Conectó rápidamente con los adolescentes y promovió la Congregación de las Hijas de María entre las mujeres y Los Luises entre los hombres. Estos grupos se reunían a realizar ejercicios espirituales tan en boga en la época y a participar en actividades culturales y recreativas. Realizaron excursiones al Santuario del Saliente escalan-

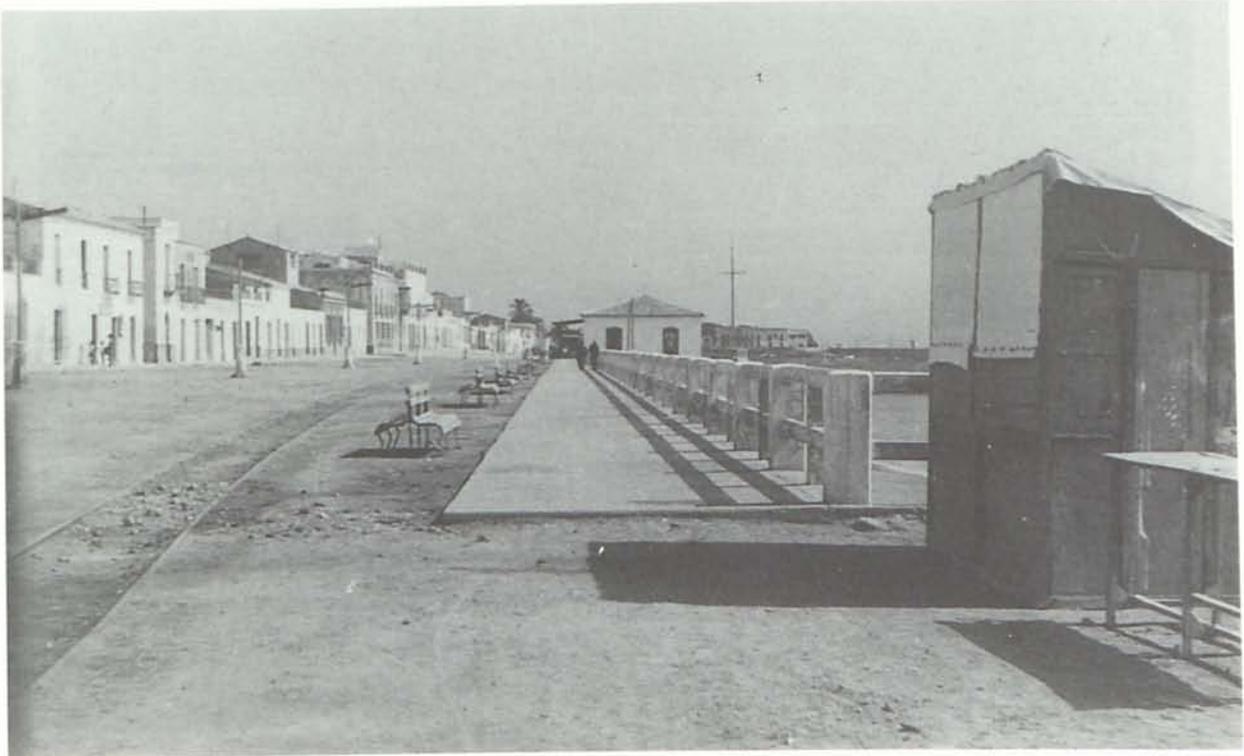


13. Comparsa de carnaval de Garrucha, en un año de la postguerra. Entre otros: Antonio Berruezo, Antonio Serrano, Angela la Colorá, Felipe Alías, Paca León, Anita León, Paco el Junza, Carmen Serrano, etc.

do los maltrechos caminos de tierra a bordo de camionetas como la del *Junzas*. Surgieron también los primeros monaguillos y acólitos y Acción Católica, con sus cuatro ramas: niños, aspirantes, jóvenes y adultos, y Cáritas Diocesanas con una función humanitaria con el barrio marginal de La Cimbra. Este sacerdote imberbe promovió también la vuelta de las monjas al municipio. La última congregación de religiosas pertenecientes a la Orden francesa de San Vicente de Paúl, con sus grandes sombreros blancos, había abandonado el pueblo antes de la Guerra. Con una subvención ministerial y del Instituto Social de la Marina se levantó el nuevo Convento en el edificio de la Casa del Cura. Las labores de albañilería las realizó el maestro Bartolo y una parte del presupuesto lo sufragó el propio padre de don Domingo que, junto con su madre, vivían también con su hijo. Llegaron nuevas hermanas a Garrucha comandadas por Sor Josefina, la Madre Superiora y se consiguió que una de ellas figurase como Maestra Nacional con cargo al erario público. La antigua Casa del Cura se había convertido en un flamante Convento y don Domingo tenía que volver a la fonda. Duró poco puesto que don Paco Gea, generoso mecenas garruchero, le acondicionó una vivienda en la entonces plaza del Mercado, junto a la casa del abogado José Sánchez Sicilia. Aunque el pueblo tenía Iglesia en la parte alta de la localidad, don Domingo pensó en una nueva capilla más accesible para los feligreses, sien-

do de nuevo don Paco Gea quien facilitó el proyecto, cediendo un solar que le servía de cochera y que daba también a la plaza y sufragando la obra civil. El nuevo recinto se consagró a la Virgen del Carmen, que se convirtió de esta guisa en la patrona oficial del municipio, acompañando al solitario San Joaquín, tras la pertinente aprobación de la Santa Sede romana. El Ayuntamiento, en reconocimiento al gesto desinteresado de don Francisco Gea Perona, aprobó denominar la antigua plaza del mercado con el nombre de su padre, Pedro Gea, médico, industrial y editor garruchero. La imagen de la Virgen del Carmen, que todavía preside la capilla, fue sufragada con aportaciones del pueblo. En esa época permanecía todavía en pie una vieja ermita decimonónica, consagrada al Sagrado Corazón de Jesús que estaba clausurada desde antes de la Guerra, y desde donde salían los Santos en Semana Santa. Incomprensiblemente este edificio religioso se dejó caer hasta convertirse en ruinas y ninguna de las instituciones locales o provinciales movió un dedo para recuperarlo.

Con la flamante patrona de los pescadores ya en su camarín dorado, la celebración del 16 de julio adquirió mayor lucimiento. El Obispo, Alfonso Ródenas, era uno de los afiliados a la playa de Garrucha ese día, y don Domingo, envuelto en su capa negra, solía manejar el timón de la embarcación que hospedaba la imagen mariana durante su romería por la mar. En esa época tuvo lugar también el peregrini-



14. El Malecón en estado puro, con la caseta de bebidas de Juan Felipe. Aún se conservan los raíles por donde se transportó la piedra para construir el Muelle.

naje por Garrucha y la comarca de la Virgen de Fátima, que había acudido a los campos andaluces para que hiciera el milagro de la lluvia. Cronistas de entonces contaban que «*la Virgen portuguesa recorrería los campos de la provincia bajo el palio de los parrales, entre los trigales maduros o el verde encendido de los naranjales, como blanca paloma andariega*». Lo cierto es que pasó por Garrucha, Cuartillas, Las Alparatas y de ahí se dirigió a Mojácar y Turre, saludada por los aldeanos. Ya en la década de los 50, en Garrucha se celebró el centenario de la Virgen de la Inmaculada y con ese motivo se colocó un monolito de mármol blanco en el centro de la plaza de la Iglesia parroquial, donde antes había estado la fuente, que se trasladó a la casa contigua de la Gonzala. La escultura fue subvencionada por el magistrado y Subsecretario del Trabajo, hijo del pueblo, Ambrosio López, cuya plaza pasó a recibir también ese nombre. La columna sobre la que se sostiene la imagen apareció un día de levante en la orilla de la playa y don Domingo la aprovechó para ese menester. El pueblo llenó la plaza el día de la inauguración del monolito de la Virgen. En la tribuna con palio leyó unas palabras el alcalde, Francisco León acompañados por el cura don Domingo, el Juez de Paz, Marcos Martínez, y otras autoridades civiles y militares. A sus pies se situaba el maestro don Miguel Forteza que vigilaba al racimo de chiquillos que

se arremolinaban en torno al monumento. Desde la ventana de la iglesia cantaba el coro y en las primeras sillas de anea al aire libre, se situaban un nutrido grupo de mozas vestidas de pescadoras con sus blusones y faldas blancas, sus canastillas de mimbre y la faja y el pañuelo colorao. Detrás las ancianas con sus atavíos oscuros conferían solemnidad al acto. Tras las palabras oficiales, don Domingo desparramó unas gotas de agua bendita y quedó inaugurada la nueve efigie de la Purísima. Un joven teniente de la Guardia Civil, Sergio García Muñoz, que acababa de llegar al pueblo, donó una imagen de la Virgen del Pilar a la parroquia de la localidad. Leandro, hijo de don Narciso, un Teniente que había estado en Garrucha con anterioridad, donó también el cuadro de Las Ánimas, que aún se conserva colgado en la entrada de la derecha de la Iglesia Parroquial. El lienzo, de considerable tamaño, representa a las almas clamando entre las llamas del infierno. Los rostros que aparecen representados son los de los hermanos del autor. También se compró en esa época el retablo del Sagrario de la Iglesia, costeado por las Hijas de María y por Pepita Sánchez-Sicilia, que era la tesorera. Con rifas populares, teatros y otros actos benéficos se compraron también las imágenes de San Joaquín y Santa Ana.

Tras la Guerra decaen en Garrucha las procesiones de Semana Santa, porque la mayoría de los pa-



15. Garrucheros posan en Madrid, junto al cura don Domingo, con motivo de un homenaje a Ambrosio López por su generosidad con el pueblo.

Los fueron calcinados durante la Guerra Civil junto al cortijo de la Quinta y por la miseria que embargaba a la localidad que impedía cualquier dispendio que fuera más allá de conseguir alimentos.

En 1.948 llega a Garrucha la nueva imagen de la Virgen de los Dolores, que sale del Pósito de Pescadores, y vuelve a recuperarse poco a poco el esplendor perdido cosiendo las mujeres nuevos trajes de nazareno, con la colaboración económica de la Cofradía de Pescadores, cuyo presidente era Juan *el de la Manca* y el escribiente Felipe Alías. Se recuperaron tradiciones como la de jurar banderas en la puerta de la Iglesia a cargo de Diego *el de Matías* y el tío *Pintao Salmolía*, y la de la subasta de la toca. Otras representaciones religiosas que duraron hasta la contienda, como el Sermón de las Siete Palabras, la Judea, el sacrificio de Isaac o las tres caídas de Cristo no se han vuelto a recuperar desde entonces.

Sí se impulsaron las Misas de Gozo en las que rivalizaban dos coros: el del barrio Pimentón, dirigido por Pedro el Costillares, y el del Malecón Alto. También se celebraba el Rosario de la Aurora en el que se salía cantando al amanecer desde la iglesia, recorriendo las calles del pueblo. Ya en la década de los cincuenta, por motivos del asma de su madre, alérgica a la humedad y tras haber aprobado oposi-

ciones a la parroquia de Cantoria, el joven curilla sale de Garrucha llorando por el puente del río Antas echando de menos el pueblo que le había enseñado a ser sacerdote. Sus feligreses le homenajean con una imagen de Cristo Rey y un álbum repleto de firmas de agradecimiento.

Pero, a pesar del dinamismo que desde la parroquia se infundía a la juventud seglar para que participara en múltiples actividades culturales y humanitarias, lo cierto es que la iglesia de la época no se limitó sólo a lo que ocurría intramuros del templo, sino que vino a inmiscuirse en multitud de aspectos y escenarios de la vida cotidiana del pueblo. Al garruchero, y al español por extensión, se le impuso la prohibición de celebrar las fiestas de Carnaval, aunque en Garrucha y otros pueblos de la comarca se hiciese la vista gorda en algunos casos.

A las parejas de novios se les aconsejaba que no debían salir solas a pasear por el Malecón, sino acompañadas siempre de personal formal, con años y moralmente preparada que sirviera como escudo para evitar tentaciones lascivas. Los municipales hacían vigilancia por las playas y las piedras del Muelle, siguiendo las ordenanzas que dictaba la Autoridad Provincial. Igual control se practicaba en los cines, en la fila de los mancos. Sobre las películas que se



16. El obispo y otros sacerdotes de visita por la calle mayor de Garrucha con motivo de la bendición de una nueva imagen.

proyectaban había apercebimientos de la Censura y el Cine Español de Antonio González *el Porreras* recibió propuesta de sanción por haber pasado *Gilda*, paradigma del pecado en aquel tiempo. Todo estaba empapado de una religiosidad extrema y casposa, desde las enciclopedias escolares hasta los rosarios sin fin, la hora del Ángelus y el Ave María Purísima. La mirada atenta del sacerdote también velaba que se respetase la distancia *decente* en los bailes agarrados de Los Arcos, en la Feria o la letra de los adagios junto al Ayuntamiento. En esa época el más ínfimo desliz era pecado y podía arruinar la reputación de cualquier moza del lugar.

La Autoridad Eclesiástica de aquella época, no conforme con vestir a los suyos, impuso la forma en que las mujeres debían uniformarse si querían hacerlo conforme a la moral cristiana. Por ello, en la inmediata postguerra fue raro ver por las calles de Garrucha muslos o rodillas descubiertas, mangas cortas o escotes en el pecho o la espalda. Había que vestirse *como Dios manda*. En la Iglesia se extremaban las precauciones y las mujeres no podían acceder a este recinto sin medias y la cabeza era recomendable cubrirla con un pañuelo. Tampoco estaba bien visto el uso del pantalón. Pero desde el púlpito se iba más allá y se recomendaba a solteras y casadas que usasen el color blanco o beige para la ropa interior, que no se depilasen las cejas y que no se

soltasen el pelo. En un puerto de mar como Garrucha había más motivos para extremar el control a límites enfermizos. La autoridad civil y religiosa se aliaron en su cruzada para impedir cualquier conato de lujuria. En la puerta del Ayuntamiento se colocó un cartel en el que se declaraban prohibidos los baños de sol sin albornoz y se amenazaba con sanciones a los que portaran prendas de baño indecorosas, exigiéndose que cubran el pecho y la espalda. Quedaba prohibido que hombres y mujeres se desnudasen o vistiesen fuera de la caseta de playa.

En Garrucha, como era de esperar, no se llevó muy a rajatabla este tipo de normativas y era una excepción quien iba a la playa con albornoz, principalmente porque muy pocos podían disponer de esta prenda en medio de tanta penuria. Algunas mujeres de acaudalados veraneantes cuevanos sí cumplían toda esta parafernalia y se valían del *Amargosa*, un personaje típico de la época que controlaba a los mirones playeros.

DEL CASINO DEL TÍO CARRASCO A LA CAMPANA

En este retablo garruchero presidido por las estrecheces alimentarias, los nativos del pueblo tam-

bién encontraban tiempo para la evasión de tanta penuria. El ocio cotidiano de los hombres eran las partidas de cartas en los bares y tascas y los chatos de vino, sobre todo si se disfrutaba de un trecho de bonanza pesquera. El Casino de ricos fue decomisado por Falange tras la guerra civil y quedó el Casino de pobres del tío Carrasco en el Malecón, que se trasladaba a una barraca en los bajos del Pósito en verano. Se jugaba a la brisca, al tute y al dominó. Se bebía vino de Jumilla, revuelto, aguardiente, palomas y la cerveza en esa época en menor medida. Para los cubalibres y otros combinados aún no había llegado la hora. Su más fiel cliente era el célebre *Chichí* pegado siempre al mostrador. Se frecuentaba también la taberna de *la Sierra* en la calle Mayor, la tasca de Juan Felipe más a levante, la de la tía Feliciano en la calle Lope de Vega, la taberna de Agustín *de la Gurulla* donde no se pagaba fiato y el vino era más barato, el bar de Juan Miguel, que murió calcinado un día de vendaval, el *chambao* de Diego de Haro en la salida a Mojácar, La Campana, donde se organizaban también grandes partidas de dominó en verano debajo de su toldo, el bar de Alonso *el del Vino* en la Plaza del mercado, el establecimiento de Santiago García en la calle Mayor, el bar de José Gallardo, con gran surtido de licores.

Durante ese tiempo había una tasca en el Malecón que regentaba Pepe Guido, hijo de Rodrigo Guido, capitán de carabineros, que fue epicentro de una tragedia: Guido hijo sustrajo un tonel de vino de un almacén de bebidas y al creerse descubierto se pegó un tiro que lo dejó en el sitio. El capitán aún no se había repuestos de la pérdida de otra hija suya, Modestina, que pereció ahogada en la playa.

EL CINE CON GARBANZOS TORRAOS

Otra válvula de escape de los garrucheros a la carestía que soportaban fue el cine de postguerra. Antonio *el Porreras* reconvirtió tras la contienda el viejo Teatro Flores en Cine Español, conservando las plateas y el patio de butacas hasta los años cincuenta. La primera película que se proyectó en el remozado local fue *"Eloisa debajo de un almendro"*. Las entradas estaban numeradas y se sacaban durante las mañanas de domingo. El cine fue caldo de cultivo para que fraguasen los noviazgos y para olvidar el hambre mientras se veía *"Malvaloca"*, *"Pescador de coplas"* o *"La Lola se va a los puertos"*. Se encendía también la imaginación y los sueños de los

garrucheritos con los filmes americanos de La Metro o Columbia a los que estaban abonados Robert Taylor o Greta Garbo. Franco aprovechaba también para meter cuchara con el Nodo y con Alfredo Mayo, ideal del valeroso soldado español, y Amparo Rivelles, de ejemplar heroína. En la puerta vendían cartuchos de castañas y celemines de garbanzos torraos *la tía Seca* y *la Picantera*. Ceferino Paredes surtía de caramelos y vasos de agua a perra gorda. En verano se pasaban películas en el solar donde luego se construyó la Escuela Hogar y en la Terraza Cinema que regentaba don Santiago Llorente. Con anterioridad se proyectó cine mudo en el local que hoy es la tienda de muebles La Simona, propiedad de José Clemente Vidal, donde se iba a construir antes de la Guerra la sede del Psoe. Los operadores de cine de la época eran Germán Bravo y el maestro don Miguel Forteza, que el día que estalló la Guerra Civil, el 18 de julio de 1936, estaba proyectando la película *"Sor Angélica"*.

LA RADIO DE GALENA

En la Garrucha de los cuarenta la radio era aún un artículo de lujo para una familia media garruchera y hasta que no se popularizó en los cincuenta con la incorporación del transistor, sólo los industriales más hacendados disponían de aparatos de galena o de válvulas con carcasa de madera, que ocupaba el espacio central del salón. En las ciudades su uso estaba más extendido, pero en pueblos como Garrucha, tampoco se disponía de la cobertura técnica necesaria. En 1953 se inauguró el Instituto Laboral de Vera y se instaló una emisora con la que se popularizó el uso de la radio en la comarca gracias a las viejas Telefunken o Philips, que se vendían en el establecimiento que Ginés Soto tenía en la calle Mayor. Este comerciante llenó los cortijos de Mojácar y Turre de sonoros artefactos y las radionovelas, los programas de discos dedicados y peticiones de oyentes se convirtieron en compañeros inseparables del hogar con las voces de Antonio Machín o Jorge Sepúlveda.

Faltaba aún más de una década para que el televisor diese señales de vida, de modo que las tertulias nocturnas en los portales en verano o en la cocina en invierno siguieron siendo otro de los entretenimientos más socorridos para matar el aburrimiento de la potguerra. Las chácharas servían para hablar durante horas de lo divino y de lo humano, aunque el tema

preferido eran las peculiaridades de los noviazgos que nacían o que se rompían en el pueblo.

Los bailes entre los jóvenes se celebraban los domingos por la tarde de cuando en cuando, y en Navidad, siempre en las casas particulares, porque no había locales públicos para ello. Se echaba a un lado la mesa del salón y se ponía la radio o alguna gramola con discos de pizarra entre los más pudientes. Las muchachas se sentaban en las sillas situadas alrededor y los muchachos las sacaban a la improvisada pista, aunque no se podían bailar más de tres vueltas con la misma pareja porque automáticamente te hacías novio. En la terraza situada junto al antiguo Hogar se decían los "adagios", una suerte de papelillos con versos escritos que se metían en una bolsa y se sorteaban entre los jóvenes participantes.

LA FERIA DE SAN JOAQUÍN

Todo el pueblo acogía con deleite las fiestas de verano en honor de San Joaquín. Después de la Guerra y hasta 1946 habían quedado semiinterrumpidas porque el erario municipal apenas recibía ingresos para poder organizar cualquier tipo de actividad lúdica para el vecindario. Pero a partir de ese año vuelven durante el 11 al 18 de agosto las verbenas y los fuegos de artificio. La mañana de San Joaquín la playa donde se ubicará años después el varadero, aparece abarrotada por nativos y forasteros que se refrescan entre las barcas de vela. Por la tarde el Malecón, que ha sido remozado con nuevas farolas y bancos de hierro, se riega para aligerarlo de polvo. La cal viva en las fachadas de las casas aún está fresca. Las familias pasean de la mano con su aspecto más aseado por entre los puestos de cañadú, almendras, garbanzos y caramelos. Diego, el chambilero de Cuevas, y *el Periquillo* vocean «al rico mantecado llevo» con su carrito de madera y sus garrafas de limón. La concurrencia entra y sale de la terraza que la comisión de festejos, presidida por el alcalde Frasquito León y Marcos Martínez, ha construido para la ocasión, donde se bailan recatados pasodobles y se beben licores. También están animadas la Caseta de Sanidad, con sus vidrieras de colores, y la Caseta de Salvamento. Los mocicos les dicen a las mocicas: «eres un pimpollo». Es el día grande de Garrucha y el pueblo parece haber arrinconado por unas horas las penurias cotidianas. Las capturas de jurel y boquerón han levantado también el ánimo de la clase pescadora. Cuando hay carestía el manojito de cohe-

tes que se prenden en la dársena es menor. Dentro de un rato se correrán las cintas en bicicleta y la mañana ha estado animada con las regatas a remo. En días sucesivos se celebrará la tradicional cucaña y el concurso de mantones de manila aderezado por las bandas de música de Vera y Los Gallardos.

LAS COMPARSAS DE JUAN MANUEL

La prohibición de celebrar una fiesta pagana como el Carnaval se superó con mil artimañas en el pueblo y las comparsas y máscaras de Juan Manuel Doménech *el Telegrafista* y la de Pedro *el Sopas* salían a la calle Mayor a cantar murgas con la vista gorda de las autoridades civiles y militares. Uno de esos años se parodió el problema que habían tenido las mujeres un día de *maestrá* al volver del campo de fútbol que había en La Espesura. La murga decía así: «*La otra tarde señores/ viniendo del fútbol/ vino una racha viento/ que a todas remangó/ la una sin camisa/ la otra sin pantalón/ y a la que se lo vimos/ más negro que el carbón*». Otros asiduos carnavalescos de la época eran Paco Berruezo, Miguel *el Ramilico*, Agustín Galiana, Francisco Rodríguez *el Junza*, Marcos Martínez y *el Molondro*. Los hombres cantaban a las comparsas de mujeres cuando pasaban por la calle Mayor: «Alzarse un poco el vestío/ para lucir el atavío/ de las ligas colorás/ o es que acaso os habéis pensao/ que os las hemos regalao/ para que las llevéis tapás».

LOS FANTASMAS Y EL CORTIJICO

A pesar de la recia moralidad católica que atenazaba la vida cotidiana en todo el país, Garrucha seguía siendo, a pesar del nuevo régimen, una villa abierta y poco reaccionaria. Como puerto de mar, recibía marinos de otras latitudes que desembarcaban para las labores de carga y descarga de esparto, hierro o harina o cuando hacía temporal. Esta circunstancia provocó que subsistiera para nativos y forasteros un burdel llamado *El Cortijico*, situado al lado del Hospital y de una cueva que se construyó como refugio durante la guerra civil en previsión de posibles bombardeos. Este barrio era conocido como El Tranco o las Casas Rotas y contaba con un puente de madera que atraviesa la calle Buenavista. *El Cortijico* contaba con dos habitaciones de alterne y era atendido por la tía Catalina. La presencia poste-



17. Procesión de niñas al lado de la Iglesia. Las calles aún eran de tierra.

rior del Teniente Coronel, Mariano Pérez-Ugena, que fijó su residencia en las inmediaciones, provocó la clausura de esta casa de citas.

La superstición popular en Garrucha llegó a extender la idea de que había quien se vestía de fantasma para atemorizar a la gente y que no saliera por la noche y así poder acceder libremente y sin habladorías a las casas de sus amantes. Corría también la creencia de que Arturo Lengo, un orondo acaudalado de la época, casado con una mujer muy bella y más joven que él, atesoraba un cuerno de oro que sacaba del bolsillo de su chaqué cada vez que algún convecino le advertía de los deslices de su mujer con otros hombres.

EL FUTBOL EN EL MARTINETE

Tras la Guerra se siguió jugando al fútbol en Garrucha. La contienda había partido por la mitad el equipo del gran Berruezo (que llegó a jugar en el Real Madrid de antes de la guerra), Paco *Maravedí* o *Tripón*, pero nuevos nombres se incorporan ahora al nuevo equipo, entre ellos el del Joaquín y Antonio Rodríguez Walker, cuya familia ya veraneaba en La Marina. Se jugaba en el campo del Salar, en La Espesura, en la fabrica de San Jacinto, al lado del cam-

po de tenis y en el Martinete. Uno de esos partidos jugado en el Salar en 1943 contra Vera termina en batalla campal con lanzamiento de piedras incluido. Hasta la década de los cincuenta no se inaugura el campo de Vista Alegre, que se sitúa sobre una rambla de tierra roja que se va allanando con el trabajo y el sudor de los aficionados, echando tierra y escombros hasta aplanar el terreno de juego. Después se lavantó una tapia de cañizo pero una racha de viento de levante la tiró abajo. Los Garrigues, fichajes de verano del conjunto albinegro, donaron 25.000 pesetas para hacer unas tapias nuevas de obra. La consagración del fútbol como divertimento de la postguerra fue aún mayor a partir de 1946 con la creación de las quinielas y la consolidación de equipos como el Madrid, Barcelona o Atlético Aviación.

A nivel local, el fútbol garruchero adquiere una nueva dimensión cuando llega a la presidencia don Emilio Moldenhauer y se suceden los encuentros de rivalidad comarcal con el Vera o el Cuevas. Años más tarde llegaría a jugar un partido amistoso en el Vista Alegre Joaquín Peiró, fino interior zurdo del Atlético Aviación y de la selección española, que andaba de veraneo por Águilas. Los toros no despertaron nunca tanta afición en la localidad en esa porque nunca hubo plaza propia y porque las entradas en la vecina plaza de Vera se cotizaban a unos precios in-

alcanzable para una población que apenas tenía para alimentarse.

EL DOPI Y LAS PELOTAS DE TRAPO

En cuanto a los niños garrucheros de la postguerra, a los cuales tanto les tocó sufrir penalidades, la calle se convirtió en su principal escenario de juegos y la imaginación en su principal aliado. Organizaban aventuras aprovechando las derruidas fundiciones mineras. Un pueblo en ruinas como el de Garrucha tras la guerra no carecía de alicientes para practicar con amplitud de espacios toda serie de suertes. Los niños jugaban al dopi, a las bolas, a las trompas, a los pasos, a cadena cubierta, a las chapas, a los hoyos, a hacer guerrillas con las hondas, a las cometas y al fútbol con balones de trapo o de goma. También había costumbre de ir a las rocas del muelle a coger lapas, cangrejos y erizos o a racharse al cuello con una tabla en los días de verano que se levantaban olas.

Los primeros balones de reglamento tardaron más de una década en aparecer. El caballo de cartón era el juguete predilecto con el que soñaban todos los pequeños. El primer y rudimentario fútbolín apareció por Garrucha en el bar de Sebastián Carmona. Las niñas jugaban a la comba y a la rayuela y cual-

quier muñeca de trapo era como un regalo caído del cielo. La muñeca más popular de la época, Mariquita Pérez, no estaba al alcance de cualquiera.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes documentales:

- Garrigues, Luis Joaquín: *Imágenes de una vida, Joaquín Garrigues*.
- Grima Cervantes, Juan: *Memoria Historica, Documental y Fotográfica de Garrucha (1861-1936)*.
- *La lucha contra el tracoma en la provincia de Almería*. Centro Provincial antitracomatoso. 1949.
- *25 años de paz*. Publicación del Frente de Juventudes de Almería.
- *Diario Yugo*, Almería.
- *Semanario Proa*: Organó de Falange Almería.

Fuentes orales:

- Antonio López Rosa.
- Paula Galindo.
- Ginés García Soler.
- Miguel Forteza del Rey.
- Domingo García Rubio.
- María González Ruiz.

